

## Una infancia sin edad aún por vivir

«Está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15).

«El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano» (Mc 4, 26-28).

El Reino de Dios no es obra de nuestras manos. Necesitamos de una mirada contemplativa para descubrir la presencia fecunda de Dios en nuestra historia personal y en la historia del mundo. Soy consciente de que parece una locura afirmar esto delante de las noticias que nos llegan todos los días de distintos lugares del mundo.

Cambiar la mirada – es lo que significa en su origen la palabra conversión: cambio de mirada, de mentalidad. Cuantas veces no hemos sentido una profunda y serena alegría porque en algo que nos producía sufrimiento hemos encontrado un sentido, lo hemos leído de otra forma; hemos descubierto vida donde antes solo veíamos muerte. La realidad no cambió, lo que sí cambió fue nuestra mirada. El Espíritu no cesa de trabajar en el corazón humano: «El agricultor duerme de noche y se levanta de mañana, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo». El Reino de Dios está cerca.

Cuando, delante de los acontecimientos, ponemos nuestra confianza en nuestros criterios, en nuestras deducciones lógicas, nada más hacemos que dar vueltas alrededor de una pequeña jaula. Seguimos luchando, pero no hay salida. Giramos sobre nosotros mismos. Eso es el infierno. Cuando, al revés, somos conscientes de nuestra mendicidad ante la verdad y de nuestra incapacidad para liberarnos, entonces creamos en nosotros espacio y apertura para una visitación. Visitados por una palabra, visitados por la presencia de un hermano, visitados por el amor no amado que llevamos dentro. El Espíritu no cesa de trabajar en nuestro corazón. El Reino de Dios está cerca.

El Reino de Dios –utilizando la imagen del libro del Apocalipsis– es como alguien que está a la puerta y llama; si abrimos, él entrará y cenará con nosotros. En cada circunstancia de nuestro vivir, siempre se nos está

llamando a la puerta. No hagamos catálogos de cosas buenas y cosas malas. Catalogar es propio de la mente, siempre esclava del miedo y a jugar a la defensiva. Acoger, aceptar sin condiciones, dejarse visitar, es propio de quien asume la vida como discípulo. Y el discípulo sabe que el Reino de Dios viene a nuestro corazón por el sendero de las pérdidas. Sin pérdida no hay encuentro. El discípulo pierde todos los días y ahí encuentra su alegría.

Simón y Andrés, Santiago y Juan dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron. Inmediatamente es el tiempo de la gracia, de la confianza y de la alegría en la pérdida. Arrastrarse interminablemente en cavilaciones es el tiempo del sufrimiento y de la desdicha.

Todos tenemos experiencia de la dureza de nuestro corazón y de sus resistencias para acoger la buena noticia de Jesús. Pero también tenemos experiencia de que Él no se cansa de llamar a nuestra puerta y de despertar el corazón de niño que llevamos dentro. Solo los niños tienen ojos y corazón para el Reino de Dios. Todos nosotros tenemos una infancia sin edad aún por vivir. El Reino de Dios está cerca.